

Una historia lombarda*

Javier García-Galiano

Entre muchas otras cosas, don Luis González refería en *Pueblo en viño* que a fines de julio de 1915 Camilo López llegó a San José de Gracia al mando de 300 yaquis.

Respetuosamente se quedó con su gente en las afueras de la población. Entretanto, los de ahí se preguntaban por el plan que pelearían aquellos robustos indios. Don Camilo dio la respuesta: nosotros peleamos contra el clero pero respetamos a los padrecitos.

Ese sentimiento ambiguo también se manifestaba en la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos en la forma de los artículos 3, 5, 24, 27, y 130 que, entre otras cuestiones, determinaban, según lo ha resumido Agustín Vaca en *Los silencios de la historia: las cristeras*:

...la imposibilidad de impartir enseñanza religiosa en cualquiera de los niveles educativos, la prohibición de establecer órdenes monásticas, la incapacidad prescrita para las iglesias de cualquier denominación para poseer, administrar o adquirir bienes raíces, al mismo tiempo que declaraba de propiedad nacional todos los edificios bajo el dominio de las iglesias, el derecho para intervenir en materia de culto y de disciplina externa, la reducción del sacerdocio a otra profesión entre las demás y la sujeción de los sacerdotes a las leyes que se apliquen a su profesión, y la declaración del matrimonio como contrato civil, negando la validez legal del matrimonio religioso.



Además de una protesta de los prelados mexicanos, acordaba el 24 de febrero de 1917, esas leyes y su aplicación, cada vez más estricta desde que Plutarco Elías Calles asumió la presidencia, provocaron una resistencia pacífica en 1926 por parte de diferentes organizaciones civiles como la Asociación Católica de la Juventud Mexicana, la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa y la Unión Popular.

* Tomado de *Milenio*, "Magia catóptrica", 25 de noviembre de 2005.

Influido por Windhorst, el padre Bergöend y el padre Neck, que en 1924 dictó algunas conferencias acerca de la Volksverein, el maestro Anacleto González Flores, al comienzo de 1925, transformó el Comité de Defensa de Guadalajara en la Unión Popular, que, según Antonio Gómez Robledo, carecía de jerarquías y se fundaba sobre todo en el periódico *Gladium*, que escribía “El Maestro Cleto,” como se conocía a González Flores, y en un llamado a la defensa civil de la religión.

Entre las formas que adquirió la resistencia, se halló la del boicot económico, que se había ensayado con fortuna por los católicos de Jalisco en 1918, y el cual consistía en dejar de pagar contribuciones y servicios como la luz, y consumir sólo lo indispensable. Agustín Vaca ha señalado que las mujeres contribuyeron con decisión en él, pues solían administrar la economía doméstica, por lo que podían recortar los gastos más adecuados y, por no tener que supeditarse a un horario laboral, podían recorrer libremente las calles promoviendo el cumplimiento de esa austeridad de protesta. Anacleto González Flores debió advertir esos hechos “para llamar a las mujeres a lanzarse a la Cruzada Femenina por la Libertad”, como se llamó en Jalisco al conjunto de acciones coordinadas por la Unión Popular, con que se pretendió imponer la observancia del boicot.

Para tal efecto, esa Cruzada [...] se dividió en diversas secciones, cuyas integrantes —vestidas de negro en señal de duelo por los males que aquejaban a la Iglesia y como símbolo de la austeridad a que procuraban someter a los menos dispuestos a cambiar sus hábitos— recorrían las calles decididas a impedir a la gente la entrada a espectáculos, las compras en los establecimientos señalados, el uso de todo tipo de transporte público y el pago de los impuestos hacendarios.

A estas bandadas de muchachas enlutadas la gente las motejó la “Langosta negra”. Este apodo revela el desagrado que causó el boicot e indica, ya de entrada, que las condiciones en que éste se desarrollaba en 1926 eran distintas de las que lo favorecieron en 1918. La respuesta de las autoridades ante la reedición del boicot fue más rápida y tajante. A poco más de un mes de iniciado, al estar promoviendo, la policía arrestó a once “señoritas pertenecientes a conocidas familias de la ciudad”. La aprehensión motivó un escándalo que degeneró en balaceras en pleno centro de la ciudad.

Fue al final de una peregrinación al Santuario de Zapopan, en enero de 1926, con la que se clausuró la convención general de la Unión Popular, a la que habían acudido más de cien delegados foráneos, según refería Antonio Gómez Robledo, cuando Anacleto González Flores, que se refería a aquellos que proponían emprender la marcha al cerro como “los hombres de las montañas azules” anunció proféticamente que había llegado “la hora del desquite santo,” al cual no podía llegarse sino “votando con carne de mártires.”

Como muchos, González Flores, al que llamaban “El Maestro Cleto” conoció entonces la persecución, por lo que decidió

Entre las formas que adquirió la resistencia, se halló la del boicot económico, que se había ensayado con fortuna por los católicos de Jalisco en 1918, y el cual consistía en dejar de pagar contribuciones y servicios como la luz, y consumir sólo lo indispensable.



El Maestro Cleto se ganó ciertas burlas sardónicas porque se vistió con premura poniéndose los pantalones de peto al revés y por tratar de esconderse abajo de una mesa antes de ser conducido con Luis Padilla Gómez y los hermanos Jorge y Ramón Vargas González al Cuartel Colorado.

transfigurarse en otro. Gómez Robledo contaba que se dejó una barba hirsuta y se tendía largas horas al Sol porque quería que le salieran "grietas y costras. Así no me conocerán."

El tres de marzo de 1927, habló entusiasmado con un sacerdote acerca de la reciente Pastoral del obispo de Durango que aprobaba plenamente la defensa armada. "Eso era lo que nos faltaba. Ahora sí podemos estar tranquilos. Dios está con nosotros." Por la noche todavía redactó *Gladium*, "tres páginas oficio apretadas de la excelente letra que no ha perdido su nitidez en el ajetreo periodístico."

Anacleto González Flores se había refugiado en casa de los Vargas porque el coche en el que viajaba se descompuso en la calle de Moro, que actualmente se llama Federalismo. Avisados, unos agentes de la policía secreta pidieron algún medicamento en la farmacia aldeaña antes de irrumpir en esa casa con otros más que habían rodeado el lugar. El Maestro Cleto se ganó ciertas burlas sardónicas porque se vistió con premura poniéndose los pantalones de peto al revés y por tratar de esconderse abajo de una mesa antes de ser conducido con Luis Padilla Gómez y los hermanos Jorge y Ramón Vargas González al Cuartel Colorado. Sus cadáveres fueron abandonados en el patio de la Inspección de Policía sin zapatos y sin pantalones; mostraban en los pies indicios de tortura.

Jorge Florentino, el más pequeño de los Vargas González, fue liberado por su edad, por lo cual su madre le dijo que no se había portado bien, que algo había hecho y por ello no había merecido la gloria del martirio ni fue beatificado el pasado 20 de noviembre.

Museo del chisme

Edgardo Cozarinsky

Edgardo Cozarinsky (1939) es ensayista y cineasta argentino. Entre sus libros cabe destacar títulos como *El laberinto de la apariencia. Estudios sobre Henry James* (1964), *Borges y el cine* (1974) y *Vudú urbano* (1985). El siguiente texto, fechado en 1973 y ganador de un concurso de ensayos, aparece hoy como prólogo a su libro más reciente, *Museo del chisme* (Emecé, 2005), de donde lo hemos tomado.